

La máscara del diablo (sexta y última parte)

■ ■ Hermilo Cisneros Estrada

Pasaron a la cocina. Rufino puso las dos bolsas con el dinero sobre la mesa, al tiempo que decía: –¡Mire, compadre! ¡Vea nomás todo el dinero que me traje, y solo por haber llevado los cueros y correas de tres vacas! ¡Ese fue un negocio muy bueno, compadre! –Decía Rufino mientras acariciaba los billetes que ya había colocado sobre la mesa.

Valentín quedó sorprendido observando a Rufino abrir las bolsas. Se quedó prácticamente mudo e inmóvil. Cuando reaccionó, dijo: –¡Compadre! ¿Pos' cómo le hizo? ¿Por qué tanto dinero? Yo no creí que le fuera a ir tan bien; es más, es demasiado. A pesar de que lo estoy viendo no puedo creerlo. –Decía Valentín asombrado.

–Lo que pasa es que tuve suerte, compadre, porque resultó como usted' me dijo. Se formaba la gente pa' comprar mi mercancía. ¡Estoy agradecido con usted' compadre, muy agradecido! –dijo Rufino acariciando los billetes.

–¡Caray, compadre! Yo venía a pagarle la broma. Le traigo esas tres vacas porque estaba seguro de que no iba a vender nada. Recuerde que le dije: “broma jugada, broma pagada”. Pos' por eso yo venía a pagarle, –decía Valentín mientras abrazaba y le decía a Lupita: “¿Cómo ves? Tú que venías preocupada y enojada porque te dije lo que le había hecho al compadre, y mira nomás la sorpresa que nos tiene. Todo este dinero es más del valor de quince o veinte vacas gordas. ¡Mira, Lupita! Pal' sábado voy a matar diez vacas y las hago cueros y correas pa' vender todo en San Lorenzo, o hasta puedo ir a otros pueblos a vender cueros y correas”.

Rufino escuchaba y observaba en silencio al compadre que pensaba matar las reses para el próximo fin de semana. Fue Amelia quien despertó de los sueños o fantasías al resto del grupo: –Suspendan ya la plática pa' que almuercen, si no, se va a enfriar la comida.

–¡Claro que almorzamos! –dijo Valentín mientras se frotaba las manos, sonriente y dispuesto a sacrificar algunas reses para el fin de semana. –Compadre, ¡entonces sí que hizo una venta muy buena! No esperaba que fuera a vender tanto. La verdad estoy sorprendido: la semana pasada fui a vender unos cueros y correas porque un camarada me comentó que allí se vendían mucho, y fue lo mismo que yo le dije a usted'. Pero yo, de plano no vendí nada. Como quiera, mi amigo me pagó las reses como yo le voy a pagar a usted'. ¡De plano estoy muy sorprendido, compadre, y voy a ir a vender yo también el sábado pa' ver si tengo mejor suerte que la semana pasada!

Durante el almuerzo, no se habló de otra cosa que no fuera la intención de Valentín de hacer el gran negocio. Después de que se desbordara el júbilo de Valentín, Rufino se quedó viendo fijamente los ojos del compadre y le habló de las peripecias por las que había pasado el día anterior. Le mencionó el retardo en el pago a los trabajadores del puente, le hizo saber que no vendió nada y que incluso, vio los cueros y las correas que él había tirado junto al pilar que estaba en el puente. Continuando con su relato agregó:

–Uno de los comerciantes que vendía camisas y pantalones me dio unas gorditas y cinco pesos. Fui a ver a Lalo y no me pagó porque no estaba, antes de llegar a la carnicería, compré una máscara y... –Rufino relató toda su aventura, el encuentro con los hombres y lo que encontró en los caballos.

Valentín se desencajó, perdió la alegría que lo había invadido, tal vez porque no haría el negocio que ya le hacía sentir en sus bolsillos el peso de los billetes que produciría la venta de los cueros y las correas.

*Licenciado en Historia por la FFyL de la UANL y en Educación Media Superior por la ENSE. Maestro jubilado de la Preparatoria No. 3. Gran promotor cultural y primer editor responsable de la revista *Reforma Siglo XXI*. Cultiva además la pintura, la poesía y la composición de letras para canciones vernáculas.

O quizás buscaba una explicación a lo ocurrido al compadre. Él permanecía sentado, sin moverse y con los ojos fijos en las bolsas de los billetes que ya habían sido recogidas de la mesa y puestas sobre una silla.

—¡Ah, caray! ¿Pos' qué es esto compadre? Estoy aturrido, —dijo Valentín. Las mujeres guardaban silencio y miraban inquietas a los hombres que no podían ocultar su sorpresa por todo lo acontecido.

—¡Compadre, ese dinero es el que robaron a los que venían a pagar a los trabajadores del puente! De seguro que así es. ¿Qué piensa usted, compadre? ¿No cree que eso pueda ser posible? —decía Valentín con algo de preocupación.

—Pos' sí... ¡Puede que tenga razón, compadre!

—Y pos'... ¿qué hay que hacer? —preguntó Rufino, más preocupado que cuando en la madrugada vio el dinero al estar en el campo junto a la lumbre.

Valentín, rascándose la cabeza, dijo:

—Compadre, hay que devolver ese dinero ¡Hay que devolverlo cuanto antes! Porque si se quedara usted' con él... No quiero ni pensarlo, porque el dinero, como la tos y el embarazo, no por mucho se pueden ocultar compadre. No sea que se le vengán problemas porque crean que usted' se lo robó. Además, compadre, pos' lo que es, es y en este caso pos' este dinero no es bien habido —dijo Valentín, sin poder ocultar su preocupación.

—¡Si Rufino! Devuelve pronto ese dinero; además, ni necesitamos tanto pa' vivir, ya ves que Dios siempre ha estado con nosotros cuando lo hemos necesitado. También piensa que un día nuestros hijos van a crecer, y yo no quiero que alguien les llegue a decir que su padre fue un ladrón. ¡Regresa el dinero Rufino, regrésalo por favor! —decía Amelia llena de preocupación mientras agitaba sus manos entre sí.

—¿Y cómo le hago compadre? ¿Cómo le hago pa' devolver ese dinero? —decía Rufino ya contagiado por la mortificación de su esposa y del mismo compadre. Lupita y Marianita hasta el momento se habían concretado a ver y escuchar los hechos.

—Pos hay que ir a la policía o al cuartel de los soldados pa' que lo entregue y se quite ese problema desde hora mismo —dijo Valentín.

—Si Rufino, anda. No vayan a creer que tú te lo robaste, y luego, ¿cómo nos iría? por favor, anda a entrégalo hora mismo —insistía Amelia con mucha preocupación.

—Mi comadre tiene razón —dijo Lupita plenamente convencida de que era lo más conveniente para que no fueran a tener un problema grave.

—Compadre, por favor, ¿qué le parece si me lleva horita mismo a San Lorenzo pa' entregarlo cuanto antes?

—¡Sí, vamos de una buena vez! Pero primero, hay que bajar las vacas que le traigo como pago de mi broma.

Bajaron las reses y luego de ponerlas en el corral, los hombres pusieron las bolsas de cuero con los billetes en la camioneta y salieron rumbo a San Lorenzo.

—Compadre, gracias por darme esas vacas. No sabe... ¡No es por reprochar nada, sólo que el día de ayer fue el peor día de mi vida! ¡Lloré compadre, lloré! Todo el mundo, y más, se vino encima de mí —decía Rufino con los ojos húmedos por el recuerdo de lo acontecido el día anterior. Ahora, nuevamente recorrían el camino rumbo al centro de San Lorenzo.

Valentín pensaba en lo duro que resultó la broma que hizo, y dentro de su pecho lamentaba que las cosas hubieran llegado a lastimar tanto al compadre.

—Compadre, me arrepiento porque las cosas resultaron más allá de lo que yo pensé. Si cabe aquí pedir perdón, pos perdóneme; lo que más me puede es que el día estuviera tan frío, que de hay pa' allá, pos' todo podía estar controlado, pero cuando pensé en la broma, nunca me imaginé que el frío fuera a azotar tanto este fin de semana. ¡Perdóneme por favor compadre! —Rufino le dio una ligera palmada en el hombro asentando con ello su perdón. Vino a su recuerdo en ese momento, un consejo que su madre le había dado por múltiples ocasiones: "Perdonar es siempre un alimento para el alma, perdonar siempre

te hará más feliz que si llevaras el odio en tus entrañas. Odiar es veneno que tú solo te lo tomas. El odio mata lentamente”.

–Perdonado compadre, las cosas así pasaron por alguna razón que ni usted ni yo sabemos; después de todo, lo importante es la amistad sincera que hay entre nosotros, eso es lo valioso –dijo Rufino lleno de serenidad mientras exhalaba un leve suspiro.

Estaban entrando a San Lorenzo y Rufino recordó que la semana anterior entraban por la misma calle con su hijo enfermo y sin dinero. Ahora llegaba con otra preocupación causada por traer demasiados billetes. En este momento lo que le urgía era entregar esas costosas bolsas que le quitaba la paz de esa mañana.

Al llegar a la comandancia de policía, Rufino vio una gran cantidad de automóviles y gente que no era del pueblo, sino policías de la capital del estado y personas con traje y corbata, había también personas con cámaras fotográficas y otras tomando notas. Esto puso más nervioso a Rufino, quien preguntó por el comandante o alguna autoridad.

Le dijeron que el comandante estaba reunido con el presidente municipal, con jefes de policía del estado, con personas distinguidas del pueblo y con los hombres que sufrieron el asalto.

–Quiero hablar con el comandante. ¡Oiga, quiero hablar con el jefe de la policía! –decía Rufino, seguido muy de cerca por Valentín. Nadie le hacía caso a pesar de pregonar lo mismo con un grupito y otro de policías. Nada, siempre lo mismo, nadie tomaba en cuenta al intruso en ese momento en que como nunca, había personalidades de quién sabe cuántas partes del estado y del país. Este día, San Lorenzo era importante para mucha gente que ni siquiera sabía que existía este pueblo.

Rufino y Valentín se sentaron separados, Valentín frente a la puerta donde estaba la reunión de las autoridades municipales y del estado; Rufino en un rincón, pero con la vista hacia la puerta del salón donde se llevaba a cabo la junta. Los reporteros abarrotaban el lugar. Valentín le indicó que iba a salir para estar en la camioneta, porque allí tenían el dinero. Rufino asintió.

Después de mucho tiempo de espera, salieron todos lo que estaban en la reunión. Al instante, fotógrafos y periodistas fueron al encuentro de los que salían de la junta político-policíaca. Fotos y más fotos. Preguntas a unos y a otros. Libretitas en las que se escribían notas, todo era movimiento en busca de noticias. Políticos y jefes policíacos buscaban ser tomados en cuenta por las cámaras de los periodistas. Rufino, con dificultad trataba de acercarse al jefe de la policía. Pero con la modesta ropa que vestía estaba fuera de cuadro. Ese hombre debía ser sacado del lugar.

–¡Ramírez! ¿Qué hace este hombre aquí? ¿Nadie de todos los policías entiende que estamos con un asunto más importante que lo que pueda pasar aquí? Saquen a este hombre. Para lo que sea, que venga mañana, ahorita tenemos enfrente las cámaras de los periodistas del estado y no debe haber interrupciones.– Eso decía el comandante mientras se ajustaba el cinturón con la pistola para salir en la foto. Habló a otro policía:

–¡Pedro! echa a este estorbo, que nomás viene a interrumpir esto que es tan importante pa’ San Lorenzo– así ordenaba el comandante, sintiéndose el personaje más importante del mundo.

–Comandante es que yo... –balbuceó Rufino.

–¿Qué quieres, hombre? ¿No entiendes? ¡Lárgate de aquí, horita estamos con algo importante pal’ pueblo de San Lorenzo! ¿Por qué tienes que estar molestando cuando aquí están personas que son de periódicos de muchas partes? ¡Ya pa’ que de una vez te vayas...! ¡Señores periodistas, en la junta que tuvimos, recibimos la noticia del representante de la constructora, de que se darán siete mil pesos a quien diga algo que ayude a encontrar el dinero y a los ladrones que robaron ayer a los pagadores de los trabajadores del puente!

–¡Comandante, comandante! ¡Jefe! –Gritaba Rufino quien seguía siendo ignorado.

–¿No hay nadie que saque a este sujeto de aquí? ¿Tengo qué sacarlo yo mismo? –Mientras hablaba así, tomó del cuello a Rufino y casi lo arrastró hacia la calle. Las fotografías no se hicieron esperar. Fotos, más fotos con la pose dominante del jefe policíaco casi arrastrando a Rufino, fueron captadas por todos los corresponsales que pudieron

estar en este pueblo de pocas noticias, pero que ahora tenía mucho que contar más allá de sus límites territoriales.

Rufino no supo cuántas veces le llegaron las luces de las cámaras a sus ojos, pero sí se dio cuenta que fueron muchas. Todavía sin poder estar de pie, por encontrarse bajo la fuerza bruta del comandante y ante las cámaras de los periodistas, Rufino sacó entereza desde el fondo de su existencia y gritó:

–¡Por favor...valiente comandante! ¡Vengo pa' devolver el dinero que ayer robaron a los que venían a pagar a los trabajadores del puente!

¡Más flashazos! Muchos flashazos y... Un silencio sepulcral invadió de pronto todo el recinto abarrotado de periodistas que andaban tras la noticia sobre el robo del dinero.

–¿Qué es lo que usted tiene que decir acerca del dinero que fue robado ayer? –preguntó uno de los periodistas, mientras otros fotógrafos seguían operando sus cámaras para captar la imagen del portador de la más interesante noticia para muchos periódicos.

Rufino contestó todas las preguntas que le hicieron. Luego, pidió que le acompañaran a la camioneta que se encontraba estacionada a media cuadra del lugar. En ese momento, uno de los jefes de policía, quien parecía ser el jefe de todos los que venían de la capital, pidió hablar con él, pero dentro de la comandancia, para evitar las miradas de todos los mirones curiosos que ya habían abarrotado casi media calle en torno a los personajes de la escena del momento. Ya en el interior, ante varios policías tanto locales como de la capital. Rufino, respondió las preguntas de las autoridades. Comentó todo lo sucedido desde el domingo anterior, detallando lo del fracaso con la venta de su mercancía, la compra de la máscara y el encuentro que tras su derrotado día tuvo con los ladrones. Dio todas las características de los hombres ya buscados por la ley, además, describió el lugar en el que tuvo el encuentro con ellos, así como el rumbo que éstos tomaron al huir de la máscara.

Le dijeron que se podía retirar a su casa y que muy pronto le tendrían noticias sobre la recompensa ofrecida por la constructora. Valentín y Rufino regresaron a la casa del primero, allí, luego de platicar un rato con sus mujeres, Valentín y Lupita regresaron a su casa también.

Dos días después, alrededor de las diez de la mañana, en un vehículo de la constructora llegaron dos policías a la casa de Rufino, le pidieron que los acompañara a la comandancia para ver algunos detalles sobre lo sucedido con los asaltantes.

Rufino pidió a los policías lo llevaran a la casa de su compadre para que lo acompañara, los policías estuvieron de acuerdo y pasaron por Valentín, quien en muy poco tiempo ya estaba acompañándolos en la camioneta rumbo a la comandancia.

Eran pasadas las doce del mediodía cuando, ante el presidente municipal, un representante del gobernador, policías de la capital del estado y muchos periodistas, se hacía la presentación pública de los asaltantes luego de que Rufino realizó su plena identificación. En ese momento, un representante de la constructora le entregó los siete mil pesos de la recompensa prometida. En eso, Rufino vio entre la concurrencia a un hombre que le pareció conocido. Era Tacho, quien en los momentos más difíciles de su vida le dio alimento y, además, de su dinero, le entregó cinco pesos diciéndole que este dinero le traería suerte, mucha suerte. Rufino le llamó a que pasara al frente de las cámaras luego de mencionar la bondad de este buen hombre y decir que, en parte, él había contribuido para el desenlace de esta historia. Porque con los cinco pesos que le dio, compró la máscara con la que los maleantes se asustaron y al huir, abandonaron el dinero robado. Lo presentó como un hacedor de milagros.

Rufino obtuvo su recompensa gracias a la broma de su compadre, la confianza de su esposa, la acción de los asaltantes, a su honestidad y a la *máscara del diablo*.